LA ACCIÓN OBRERA

PORTE PAGO — PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO — PORTE PAGO

AÑO IX. — NÚMERO 335

Buenos Aires, Junio 6 de 1914

APARECE LOS SÁBADOS
DIRECCIÓN: COLOMBRES 1062, Depto. 2°.

SUSCRIPCIÓN MENSUAL
República Argentina .... $ 0.50 m/n.
Exterior...... .... $ 0.25 oro.

LA CRISIS DE LA DESOCUPACIÓN

Es la preocupación principal del día, por lo mismo que se engendra en un estado de cosas imperante y sensible en toda la clase obrera, que la invade y la impresiona en una forma aguda, y tanto más aguda cuanto no es posible presentir aun una declinación más o menos próxima, capaz de aliviar en parte la congoja interna que está a punto de estallar en muchos corazones proletarios.

Es sobre todo una alarma de insólita intensidad, suscitada por la contemplación del fenómeno, que conquista hasta aquellos espíritus más o menos libres que logran despreocuparse de sus consecuencias materiales para sólo considerar sus posibles efectos ulteriores, en la consistencia y actividad de la organización revolucionaria.

La inquietud proviene de todas las direcciones; viene vestida de idéntico ropaje, ya sea del interior o del exterior; es unísona y convergente, en fin, internacional en su expresión máxima.

En todos los confines del mundo capitalista, en mayor o menor gradación, se la comprueba; se la observa desplegándose formidable, sobre Europa, ambas Américas, Asia, cerniéndose con sus gigantescas alas sobre el proletariado universal, como una inmensa ave de presa que se aprestara para arrojarse sobre su víctima inevitable.

El fenómeno es uno; mas las interpretaciones del mismo son variadas al infinito. Cada clase, cada núcleo, la juzga desde su respectivo punto de vista, con el criterio, en fin, de que se dotan los grupos de individuos de semejantes o idénticas condiciones.

Pero aunque diversas son las apreciaciones sobre la crisis, cada grupo se caracteriza por una intención especial al afrontarla; y se advierte que el conjunto parece inclinarse a intensificar la preocupación general al respecto, más bien que a aminorarla, tratando de substraer a las molestas circunstancias el mayor beneficio posible.

Dos hechos, sin embargo, son de notar. El brutal egoísmo de la burguesía, que se caracteriza por un afán ilimitado de agravar la situación difícil, y su maniobra de retirar capitales de la actividad industrial, para lanzarlos a la especulación y a la usura, utilizando así en exclusivo beneficio la anormal situación. Una propaganda alarmista concurrente a crear un estado psicológico favorable para sus propósitos, sirve cumplidamente sus deseos.

Por su parte, el proletariado, que es el único en realidad que sufre en sus efectos deplorables toda crisis, — se halla casi sin excepción y universalmente en un estado de incapacidad material y moral para combatirla. Su organización es deficiente, no ya para conjurarla, sino para disminuirla en sus efectos. Pero lo que es peor, su criterio sobre el fenómeno adolece de graves deficiencias que resultan contradictorias a los intereses efectivos de los trabajadores y esterilizan todo esfuerzo que se encamine a levantar los espíritus o a neutralizar la crisis. Estas deficiencias de índole moral e intelectual, consisten sobre todo en atribuir la producción del fenómeno a una causa irremovible, fatal: es decir, adjudicarla, por un erróneo criterio económico, al desarrollo del industrialismo, confiriéndole todos los caracteres de una desgracia irreparable, que hubiera que soportar con entera resignación y mansedumbre.

Esta opinión se halla arraigada en muchas inteligencias obreras, y concurre, es natural, a dificultar una labor reparadora, que podría efectuarse, inspirándose en la persuasión de que la presente crisis que sufrimos, y que aqueja exclusivamente al proletariado, no es el fruto de la fatalidad ciega e indomable, sino el resultado de causas concretas, definidas, y muy humanas, que han venido preparándose en virtud de la ausencia de factores capaces de impedirla; la existencia de poderosas organizaciones de trabajadores, aptas para limitar o reducir la producción capitalista, local o internacionalmente, en determinados momentos, conjurando así estos fenómenos; haciéndolos imposibles.

La crisis de la desocupación, no lesiona los intereses capitalistas; al contrario, en ciertos aspectos los favorece.

Es incuestionable que, por lo general, todas las calamidades humanas se resuelven a puro perjuicio de los trabajadores. Como en las guerras, así en las grandes crisis, el burgués encuentra condiciones inmejorables para emplear sin riesgo su dinero a alto interés, que no se obtiene en tiempos normales. El proletariado, deberá con su trabajo menos remunerado, y su productividad más intensa crear este aumento del interés del capital.

Bien; la organización de trabajadores, cuando existe y actúa inteligentemente, puede en todo momento, invertir los efectos de la crisis, que ahora lesiona por entero a sus miembros, y hacerlos recaer en detrimento del régimen capitalista; o, como lo hemos dicho, hacerlas imposibles.

Si partimos del principio que toda paralización de la industria halla su origen en la sobreproducción creada, es incuestionable que ésta se genera por la ausencia del propósito obrero, de reducir toda actividad industrial a justas proporciones, impidiendo al trabajo humano una excesiva intensidad, es decir, refrenándolo a las debidas proporciones de utilidad y rendimiento social.

Pero la cuestión puede tomar otro aspecto. La desocupación, se ha dicho con gran exactitud, es un problema cuya solución es del resorte de los obreros ocupados, de los que se hallan en actividad. Cuando éstos, obrando bajo la dirección de una alta conciencia de clase, con un espíritu sindical perfecto, quieren resolverse a conjurar la desocupación, a quitarle, en fin, todo peligro presente y futuro, el remedio es de una eficacia sencilla e inmediata.

Se trata de acortar proporcionalmente la jornada de trabajo, disminuir su intensidad productiva, y compartir con el hermano de clase la adversa contingencia, que salvada de esta manera, permite en seguida su solución, en perjuicio de la clase adversaria.

Las organizaciones de trabajadores del futuro, fuertes en este criterio, no sufrirán como nosotros las crisis de la desocupación, estemos de ello seguro; como puede desde ya advertirse, cual un pronóstico, de que ellas son de consecuencias más dolorosas en aquellos gremios donde la desorganización total no permite la adopción de ningún temperamento más o menos eficaz para atenuarla en sus efectos.

En un mundo de trabajadores organizados, no son presumibles las crisis; todo lo más ellas serían el anuncio de un período de descansada y breve inactividad, cuya presencia no podría en modo alguno originar las preocupaciones obsesionantes que son las características de las que se producen en el régimen capitalista.

Los censos nacionales y el interés obrero

Acaba de celebrarse en la república el tercer censo general de su población y su riqueza.

La operación que ha de insumir sendos millones de pesos, nos aportará—afirman,—una feliz consecuencia: el conocimiento exacto de cómo está efectuada la distribución del suelo y de los pobladores, de cuál es el monto de la riqueza burguesa, y el número de los proletarios que contribuyen a fomentarla, a servirla y acrecerla.

Todo esto, según algunas autoridades científicas, es hoy de una necesidad imprescindible, y la postergación del recuento censal, equivaldría —según ellos—a una irreparable desgracia. Parece tratarse de algo que, a medida que transcurre el tiempo, asume los caracteres de una exigencia imperiosa y perentoria, de cuyo cumplimiento depende para el futuro toda una promesa de regularización de la vida colectiva, de equidad administrativa y hasta de alivio material indistintamente considerado.

Los políticos de toda jaez, en especial los socialistas parlamentarios, que entre todas sus zonceras, tienen la de una loca pasión por la estadística, de la cual jamás saben sacar una consecuencia feliz y útil para el proletariado, han cooperado en grado superlativo a la preparación y cumplimiento de la operación censal.

No es a un móvil desinteresado que obedece su empeño, como alguien pudiera suponerlo. Por el contrario; el recuento de la población, si a algunos puede convenir en los cuales momentos, no es sino a los políticos. De aquí el franco entusiasmo, con que los partidos populares prestigian todo cuanto pueda favorecer su fácil realización. Es ya una presunción arraigada, lógica, que la suma de los habitantes del país, desde 1895, en que se efectuó el segundo censo nacional, se ha casi duplicado o por lo menos, aumentado en un cincuenta por ciento.

La representación al congreso está proporcionada con las cifras que arrojara aquella operación; quiere decir, pues, que el nuevo recuento, dando una masa mayor de electores, modificará sensiblemente las proporciones en que se hallan hoy representados los distritos. El caso ya se halla previsto: no podrá disminuirse la representación de aquellas provincias de población invariable o decreciente; de manera que sólo podrá hallarse la representación proporcional de que habla la constitución aumentando el número de diputados. Esto es rigurosamente inevitable. Poco o mucho, este aumento que es de absoluta necesidad para el régimen democrático en que vivimos, ha de cumplirse, si no se quiere esterilizar los efectos de la operación.

Este aspecto interesante y verídico de los resultados del censo, que deben descontarse como naturales y necesarios, significa una progresión de los gastos generales del estado, cuya importancia y trascendencia efectiva no merece nuestra especial preocupación. Sólo hacemos constar su exactitud, para demostrar desde ya que la operación censal se traduce no en un alivio de las cargas públicas,—como lo vaticinan los socialistas y adláteres,—sino en el anuncio de mayores gravámenes y exacciones al proletariado.

El socialismo parlamentario, consciente de esta verdad, trata de ocultarla con cuidado sofisticando acerca de las ventajas democráticas de la operación,—sólo efectivas para sus aspiraciones de mayor representación en un congreso más numeroso, pero la realidad de los hechos, y las deducciones que autoriza a formular la observación del ambiente político y las invariables prácticas de los gobernantes, de aquí como de todas partes, nos permiten predecir, a la inversa de ellos un considerable beneficio a recoger de inmediato por la burguesía y sus servidores de todo orden, de las expresiones matemáticas de cualquier índole que arroje el censo, en virtud de que, a poco que se ahonde en los propósitos perseguidos públicamente y en los inconfesados, que se adivinan, se trata de una verdadera mistificación, cuyo objetivo primordial no puede ser otro que el de cohonestar un aumento de exacciones y gravámenes imponibles sin dificultad, merced a la errónea creencia que se ha arraigado en los espíritus, de que la operación demográfica ha de ser o favorable o inocua a los intereses del proletariado.

No lo entendemos así. Mejor dicho: tenemos casi interés en que no se crea que puede realizarse sin aportar resultados perjudiciales para la masa desposeída. Y nos afirmamos en este criterio, convencidos de que, si por ejemplo, las resultancias de la operación censal fueran de tal naturaleza que denotaran la exorbitancia de los gastos administrativos, de las cargas o gravámenes que aquejan al proletariado, desde tiempo inmemorial, y aconsejaran su reducción, no habría ni en el estado, ni en el congreso, ni en ninguna esfera del gobierno, un poder capaz de llevar a la práctica ese cercenamiento equitativo y lógico.

Contrariamente: si las expresiones aritméticas que nos proporcione la operación cumplida, permitieran, no ya comprobar la necesidad de un aumento que siempre se justifica, aprovechando comparaciones arbitrarias con algún otro país de la tierra que a tuertas o a derechas pueda servir en la ocasión para la obtención del propósito perseguido, sino la posibilidad de que él ha de producirse más o menos perentoriamente, es indudable que serviría para facilitar el robustecimiento del funcionarismo o del burocrasismo burgués, a pura pérdida para el proletariado.

Tales deducciones son rigurosamente lógicas, y, sobre todo, sensatas. No podemos impedir la operación demográfica, ni creemos de utilidad concreta a esta etapa de nuestra capacidad para la lucha, por la ausencia de un criterio uniforme al respecto de su realización el oponernos seriamente, tratando de obstaculizarla. Por ello es que no nos hemos interesado en desprestigiarla ante el criterio proletario seriamente, tanto más cuanto, en verdad, éste no se ha manifestado en forma que permita suponerle gran entusiasmo o interés por la operación censal; por el contrario, tal actitud de su parte, denota más bien que su buen sentido, el instinto de clase, lo lleva a considerar el recuento general como una maniobra gubernativa burguesa, tendiendo a extraerle nuevas energías y sacrificios.

Y ello es la verdad: ¿qué resultado benéfico y positivo podrá tener para el proletariado del país, conocer con dudosa exactitud la manera como se halla distribuída la enorme riqueza por él creada, cuándo carece de una fuerza efectiva al alcance de su voluntad que le permita imponer reparación a una iniquidad cuya existencia perenne no exige además para él ulteriores comprobaciones?

Los números tienen una arbitrariedad insuperable y ellos no expresan sino abstractamente la realidad. Son una representación. sobre la cual no hay que detenerse ni afirmarse demasiado, y mucho menos cuando esa realidad,—que en ciertos casos quieren reflejar,—es social, o sea de naturaleza instable, humana, en grado superlativo; es decir, que se subordina no tanto al cálculo y al razonamiento, como a la actividad especial de los seres humanos, la cual no halla su origen ni su impulso en constataciones aritméticas o convencionales, sino en necesidades efectivas o intenciones, que importan toda una negación matemática.

No somos, además adictos a la estadística, por simple empirismo; y en esto, como en muchas otras cosas, nos distinguimos de esos modernos «gansos del capitolio», que tan admirablemente secundan la tarea de conservatismo burgués, empeñándose en dar como sus congéneres históricos el aviso salvador, y hasta la sanción popular de que carecen, a todos los actos gubernativos que se encaminan a robustecer las fuerzas morales y materiales sobre los que descansa el despotismo de una clase.

Institutos obreros de protección

Los sindicatos obreros—suele decirse,—cuya órbita de acción no puede tener otros límites, dentro de su amplio significado, que los de la máxima capacidad de sus componentes, deben también contar entre sus cometidos el muy natural de proteger a sus propios miembros en todas las circunstancias adversas que lo demanden. Porque—se agrega,—sería dificultoso hallar en las causas de infortunio de un obrero, alguna que, por lo menos indirectamente, no se deba a la situación materialmente precaria de su clase en la sociedad presente y, por lo tanto aquélla no puede eludir su amparo por medio del sindicato, que es su órgano esencial de clase.

Es claro que estas observaciones son emitidas por obreros inteligentes y animados por un espíritu de ecuanimidad, la que dominando en el asunto, no les ha dejado lugar para detenerse en su análisis e inferir por él que se atribuían al sindicato acciones de diversa índole de las que éste está destinado a acometer, por lo menos de una manera directa. Se ve en el fondo de este modo de argüir que no se tiene una noción exacta de lo que el sindicato significa, o que se reedita automática e inconscientemente el pensamiento de quienes, no perteneciendo a la clase obrera, tienen especial interés personal en desviar su rumbo y comprenden que nada podría serles más propicio a sus obscuros fines que desvirtuar el carácter que institivamente la clase obrera tiende a darle al sindicato, en el que va implícita la eliminación de aquéllos.

La acción del sindicato es por excelencia constructiva. Constructiva en el orden de la capacitación del proletariado, y en el de los elementos que por su gradual capacidad han de ser ejercitados; todo ello, naturalmente, con las variaciones que se requieren en el tiempo; y las venideras han de ser determinadas necesariamente por las modalidades presentes. Esto nos obliga a que desde un principio coadunemos al instinto toda la inteligencia de que nos sea posible disponer para que las formas incipientes del sindicato no determinen bifurcaciones viciosas.

El elemento primordial sobre que ha de erigirse la organización obrera, es su voluntad revolucionaria contra todo lo que se opone al desenvolvimiento de su hegemonía como clase productora.

Desde este punto de vista, exacto seguramente, sobrarían en el sindicato, dentro de sus límites orgánicos, toda otra labor que distrajera su atención a la actividad revolucionaria que demanda la conquista de los medios de producción y de reparto. Aún hay más: en este momento que estamos viviendo con esa meta ante los ojos, en el que nos debatimos ardorosamente, no sólo contra nuestros enemigos naturales, sino también contra todo el inmenso cúmulo de prejuicios que nuestra propia clase opone al regular funcionamiento de su genuino órgano de combate, ¿cómo puede admitirse que se dificulte aún la viabilidad del sindicato con el lastre y la impedimenta que implicaría para aquél, la protección y el tutelaje demandados de continuo por los obreros, en los hazares de su vida, rodeada de infinitos peligros en su trabajo y de acechanzas en sus luchas?

¿Debe, entonces, abstenerse y abandonar a sus recursos personales—nulos en la generalidad—a los mismos hombres por quienes y para quienes surge como una potencia de amparo y de liberación? De ninguna manera. En todos los momentos de la vida y para todas las circunstancias, el sindicato ha de ser el hogar de la clase obrera a la vez que su baluarte, y queremos que en todo lugar sientan sus miembros que él vela eficazmente por ellos.

Y es precisamente esta eficacia en todas las órdenes de su acción, ya sea con los propios como con los enemigos, la que debe tenderse a intensificar, y para ello ningún medio es hoy más eficaz que la subdivisión del trabajo, ¡También para el sindicato!

Nuestra tendencia es que todas las «relaciones civiles» de los miembros de la clase obrera se desemvuelvan dentro de su clase y en ella hallen su mejor satisfacción; pero aún cuando esta estructura civil es esencialmente revolucionaria, por cuanto iría extendiendo su influencia en la sociedad paralelamente con el acrecentamiento de la masa obrera—que crece en proporción a sus mejores condiciones de vida,—no es posible ni deseable que el sindicato «presida directamente» tan complejo engranaje.

Ante esta perspectiva, que es la más próxima, es que debemos los obreros estar atentos a que nuestro primordial instrumento revolucionario esté libre de trabas desde el comienzo de su marcha; trabas que separadas materialmente del sindicato se convierten en nuevos elementos de sociabilidad para la clase.

Hoy no podríamos contar entre éstos más que instituciones mutuales de protección por enfermedad, por paro y por prisión debida a contiendas sindicales; pero por el propio bien de ellos y para no menoscabar el carácter específico del sindicato — aún cuando bajo los auspicios de éste,—su funcionamiento debe organizarse de un modo enteramente independiente, como lo exigen las razones que dejamos apuntadas.

Nuestra opinión a este respecto no es el fruto de mera teoría; el buen sentido de la clase la ha hecho práctica hace ya tiempo en el país y por ella podemos en la actualidad juzgar de su feliz acierto y de los beneficios que ha reportado en el radio de su acción. Nos referimos al «Comité Pro-presos», que si ofrece graves irregularidades, que trataremos de analizar en otro momento, ellas—podemos ya adelantar—no dimanan de ningún modo del principio orgánico que lo creó.

LA POLÍTICA

Y EL SINDICALISMO

El intelectualismo ha apartado a los pueblos del estudio de la vida real, del contacto con la realidad social, y los ha encaminado al estudio de la vida por conceptos. Estos han formado una mentalidad que es inapta para llegar a profundizar y a conocer íntimamente los hechos sociales.

Esos conocimientos, venidos del exterior, se han convertido como en una tela que envuelve la mente de las personas, e impiden a éstas que vean y conozcan las cosas tal cual ellas son.

Entre los hechos y sus mentalidades, estarán los conceptos, las concepciones «a priori», inutilizando a la persona para que estudie y medite sobre la realidad de la vida.

Observemos la manera de ver y de pensar de los obreros que han caído al Partido Socialista Argentino y notaremos que aunque en todas sus declaraciones afirman que ellos han nacido a la vida política combatiendo el caudillismo, y que éste no existe en el P. S. A., tienen, sin embargo, al frente de ése, verdaderos caudillos que los mandan y los conducen—pero ellos piensan y hablan en conformidad con los conceptos enseñados e inculcados por los directores que en todas las asambleas decían que venían a combatir el personalismo en política; que el P. S. A. era un partido de principios y que éstos y no los hombres eran quienes los inspiraban y guiaban. Ellos no ven la realidad, no alcanzan a comprender que el P. S. A. está dirigido por un grupo de personas, que ordenan al Partido, a «La Varguardia», al Comité Ejecutivo, lo que deben decir y hacer. Ellos sólo piensan con los conceptos que les han inculcado... En vano será que se les muestre el hecho y se les pida que piensen sobre él, que lo analicen, que lo comprendan, y entonces, recién entonces, se apercibirán del error en que viven.

Lo mismo acaece con la lucha de las clases, que nacieron a la vida social propagándola, y ahora se les hace practicar la colaboración de las clases y no se dán cuenta de ello. Siguen hablando de lucha de clases, aunque contínuamente los directores del Partido, por razones electorales les obligan a marchar de acuerdo con la burguesía. Pero ellos conservan la inspiración de su concepción primitiva, hablando de la lucha de clases, aunque se mezclen y confundan con los miembros de las otras clases.

Son evolucionistas en el sentido más estrecho y mezquino del concepto, proceden como los burgueses y no cesan de llamarse revolucionarios.

Es muy curioso e instructivo estudiar esas mentalidades formadas a base de conceptos aprendidos en los discursos y los artículos propagados por sus directores. ¿Quién no ha podido escuchar a los obreros que militan en las filas del P. S. A. que ellos practican tres acciones: la cooperativa, la gremial y la política? En vano será que se les llame a la reflexión: que se saquen de la cabeza, aunque sea por un momento, aquella falsa concepción, y estudien y traten de comprender el movimiento sindicalista.

Darán vuelta siempre alrededor de su concepción, y con una palabrería hueca y bien aprendida perorarán durante horas para concluir que ellos son los que están en la realidad de la vida.

Esas reflexiones me sugieren los aplausos de los obreros que desde la barra del congreso tributaban a sus representantes en el acto en que éstos juraban por «la Patria», y se incorporaban a aquel. Ellos pensando siempre con los conceptos que les han enseñado sus directores no han podido observar que el juramento por «la Patria» que prestaban los diputados socialistas significaba, defender las instituciones burguesas, y afianzar los privilegios y la hegemonía social que ella retiene.

En su ceguera intelectual, esos cándidos obreros que aplaudían desde la barra no podían comprender, que defender «La Patria» de la burguesía, era defender el Estado, el Parlamento, el Ejército, la Justicia burguesa, la Policía; todo eso consti-

tuye «la Patria», y es lo que han jurado defender los diputados socialistas... La burguesía que dentro de sus instituciones se siente fuerte, no permite que nadie penetre en ellas, sin antes jurar, que las defenderá aunque sea matando a sus padres, y a sus hijos..; y después se ríe a carcajadas, de esos libertadores de cartón que toman el aspecto de personajes, y se niegan a jurar por Dios, con lo que embaucan a los pobres diablos obreros que miran en aquella negativa heróica, la liberación de su miseria y de su opresión.

Está bueno, que los masones, que son unos ignorantes ideólogos, cuando no son unos rematados pillos, quieren diferenciarse de los católicos, negándose a jurar por Dios, pero que traten de hacer esa comedia los diputados socialistas que «luchan!» por la emancipación de los trabajadores haciéndoles creer a éstos que hacen un acto heróico y que se imponen al capitalismo con aquella negativa al mismo tiempo que se someten incondicionalmente al enemigo, al jurar por «la Patria»... basada sobre el asalariado, y que necesita que éste perdure para que aquélla pueda vivir, es una mistificación que no tiene nombre. Sacáos, trabajadores, la venda que os han colocado los políticos y comprenderéis recién la farsa de que habéis sido víctima. ¡Aplaudir a vuestros representantes!! en el momento en que juraban fidelidad a las instituciones burguesas!... No notáis, pobres trabajadores, que esas instituciones burguesas, son la explicación y la causa de vuestra vida oprimida y miserable.:. Lo que corresponde realizar en este momento histórico por la clase obrera, es la destrucción de aquellas instituciones que vuestros representantes, han jurado defender.

¿Cómo podéis conscientemente aplaudirlos cuando su juramento, significa, el mantenimiento de vuestra condición de asalariados...... las crisis, los paros forzosos, la miseria, los fusilamientos, todo eso significa, el juramento de vuestros representantes...

Venid al seno de los sindicatos, organizados con propósitos revolucionarios, y notaréis entonces, vuestra concepción conservadora y burguesa iniciada en las escuelas oficiales, completada por la prensa y la democracia burguesa y confirmada por los políticos socialistas... Desde el terreno de la lucha de clases, y de la acción directa podréis daros cuenta, como el P. S. A., como tantos otros partidos socialistas de la Europa, no tiene otra misión que reformar, que afianzar este orden capitalista.

UN SINDICALISTA.

El electoralismo en decadencia

El mensaje vicepresidencial reedita los comentarios que la prensa burguesa, en varias ocasiones, ha tejido, ante la constatación de que la penalidad impuesta a los abstinentes del sufragio, no surtía el efecto buscado por sus promotores. Lejos de decrecer el número de los que se niegan a transferir su personalidad por uno ú otro motivo, él aumenta alarmantemente permitiendo suponer la proximidad de una bancarrota definitiva para el novísimo sistema electoral, sobre el cual cimentan algunos tan grandes esperanzas de resurgimiento cívico y de perfeccionamiento democrático.

La progresión del número de los no sufragantes, de una elección nacional a la otra, ha sido considerable.

Las abstenciones constatadas en la primera que se efectuó, de acuerdo con la nueva ley electoral, fueron de 28 por cinto, si mal no recordamos; en la segunda esta proporción ascendió a 31.47; y en las últimamente practicadas a 44.37. Es decir, que, sobre 1.027.191 inscriptos, sólo han depositado su voto en el comicio, 571.461 ciudadanos.

Si se considera esa cantidad fabulosa de 455.730 hombres que en incalculable progresión van negando su concurso a la farsa electoral, sin temor a los riesgos más o menos considerables a que lo expone la penalidad contenida en la ley para los infractores ni a las protestas de los políticos despechados, no se puede menos que augurar para un futuro próximo serias contingencias para la democracia de este país.

Los que más se lamentan de esta comprobación «ingrata», son los partidos populistas; y de entre éstos, no todos con el mismo diapasón. Los más afligidos son aquéllos que confían en que entre la masa de los recalcitrantes al voto, podríase por la coacción, obtener un buen número de sufragios. Disfrazan esta intención con un cúmulo de consideraciones de orden eminentemente nacionalista y, sobre todo, con especulaciones de regeneración de las costumbres políticas, que suponen depravadas, y sobre las cuales basan las causas del malestar y de la inmoralidad que aflige «a la nación», y a sus dirigentes.

La verdad es que la lógica reduce a la nada tales sofismas; desde que no es ni remotamente hipotético que tal suma de refractarios, en caso de verse constreñidos a sufragar por algún candidato, fuéranlo a hacer a favor de un socialista parlamentario o de un radical.

En realidad se trata en su mayoría de hombres que sienten una invencible repugnancia al procedimiento, al que encuentran desde innumerables y muy exactos puntos de vista, o inocuo, o corruptivo, o inmoral.

Es, pues, una verdadera arbitrariedad que, el poder ensaye por la aplicación de recursos violentos y repugnantes, el compelerlos a practicar una operación que si alguna eficacia pudiera tener, sería la de engendrar en ciertos espíritus pueriles una ilusión a todas luces contradictoria con la realidad de la vida social. Esta, lo sabemos, constituye por actos sucesivos y extraparlamentarios los hábitos colectivos y llega a darles la fijeza y duración necesaria, para que sin ser un texto escrito, sin sanción, sean efectivamente una ley vivida, una costumbre, una regla de relación.

El parlamentarismo, en esto, que sería lo más importante de su actividad práctica, no juega papel alguno de trascendencia. Y lo que es más contradictorio aún, es que, no se propone una acción de esta naturaleza, pues ella, sería,—según el criterio burgués imperante,—perturbadora del libre y necesario juego de las fuerzas sociales, condición ineludible del régimen.

Al estado de juicio, de criticismo analítico, que hemos alcanzado, podemos afirmar que el descrédito del parlamentarismo. cuyo índice inequívoco es el paulatino crecimiento de los huelguistas del sufragio, no tiene otro origen que la convicción cada día más arraigada de que la política favorece la corrupción del hombre; es inocua, estéril o contradictoria para los reales y bien entendidos intereses de las colectividades; es de tendencia y preocupación arbitraria, coercitiva, o exaccionadora; y, entraña, sobre todo, una colosal mistificación, adjudicando a una minoría de hombres,—depravados, u honestos, ilustrados o analfabetos, con conciencia o sin ella,—el derecho de disponer, o pretender hacerlo, del gobierno de los intereses generales; y, como lo realiza actualmente, de servir incondicionalmente o con sofismas democráticos, las conveniencias del despotismo, organizando las fuerzas que se hallan ocasionalmente en manos de los gobiernos, para el logro de sus fines.

Nutrimos una persuasión, que desearíamos transmitir en especial a los trabajadores. La de que las cifras estadísticas reproducidas por el mensaje vicepresidencial, son el signo que augura el triunfo de nuestro criterio antiparlamentario, tan ajustado al principio de equidad y a los intereses permanentes del proletariado. Correlaccionadas con las que se representaron en el congreso Socialista del Rosario, prueban que la acción más o menos efectiva de los obreros del país, tiene muy poco o nada que ver con las actividades corruptoras del politiquerismo criollo, sea cualquiera el ropaje o las tintas con que disfraza sus intenciones antiproletarias.

El porvenir, a este respecto, está con nosotros; y, aunque no sea más nuestro éxito, habremos contribuído a fomentar el desprestigio de una institución burguesa, de origen y de necesidad, es decir, que la habremos negado, en el concepto marxista y revolucionario.

En vísperas del Congreso de la C. O. R. A.

EL TRABAJO A DESTAJO

«El trabajo por pieza es una terrible fuente de merma de salarios y de rapiñas capitalistas.»

CARLOS MARX.

Es admirable en grado superlativo la perversidad sarcástica con que los patrones atizan la pasión del egoismo en los obreros, cuando atormentan su ingenio para demostrar «las ventajas» del trabajo a destajo.

La tiranía capitalista, omnipotente, segura de su imperio, nunca ha abusado con tant acrueldad del hombre productor reducido al lento suicidio persiguiendo la ilusión de una mayor ganancia que lo aguijonea insaciablemente hasta despeñarlo en los abismos de la desesperación.

Y lo más curioso del caso, es ver terciar en favor de los capitalistas, a todos unos grandes teóricos del partido socialista argentino, pretendidos «defensores de los obreros», los cuales, al igual que nuestros explotadores, se declaran «à outrance», partidarios de un sistema de trabajo tan perjudicial a la salud e intereses proletarios.

Como el tema nos interesa directamente a nosotros los obreros, y él figura entre los que han de tratarse en el próximo congreso de la Confederación, creemos oportuno contribuir con breves reflexiones a la aclaración de tan importante asunto.

La práctica nos ha enseñado que el trabajo a destajo es, dentro del régimen capitalista, el sistema más refinado de explotación, que pone a merced de los patrones todas las energías de la fuerza productiva, que son aprovechadas sabiamente por esos vampiros del esfuerzo proletario.

Estimulado el obrero por el anhelo de aumentar su salario, redobla en proporción creciente su capacidad de productor, permitiendo en esta forma que el patrón pueda conocer el último límite, el grado más intensivo a que es capaz de llegar la fuerza del trabajo.

De este último límite, el explotador constituye la medida que ha de exigir a todos sus operarios, aunque ella exceda, como es natural, las energías normales, pues aquélla puede ser dada solamente por determinados trabajadores, que sin ser los mejores obreros, son los menos meticulosos pero de mayor resistencia. Y aquí se inicia la carrera desenfrenada entre compañeros de trabajo: a quién produce más; cada cual procura superar a los otros, arruinándose físicamente con el ansia de remuneraciones crecidas a cobrar en la quincena, sin comprender que son víctimas de la habilidad patronal, que les ha preparado la trampa en la cual han caido como tantos imbéciles. El primer resultado de todo esto, es la conocida escena que se desarrolla en el escritorio los días de pago. El patrón no deja de hacer alusión a los «elevados salarios» percibidos por sus obreros; hasta que un buen día termina por rebajar el precio de la mano de obra, exponiendo como causa el eterno pretexto de la competencia de los demás patrones, que venden los productos más baratos, por que—según él—pagan menos el trabajo.

Y no paran ahí los males.

La intensidad de la producción que trae aparejada el funesto sistema, debido a que cada obrero destajista produce en ocho horas lo que a jornal produciría en doce o quince horas, repercute con estas dos consecuencias sobre el mercado: una suma mayor de productos y una menor necesidad de obreros.

Llegada la cuestión a tales términos, el perjuicio de los trabajadores se acentúa rápidamente, deslizándose por la pendiente de los peores desastres. Por un lado, el crecimiento del ejército de desocupados que pide trabajo y hace rebajar los salarios de los ocupados; por otra parte, el abarrotamiento de artículos almacenados determina a los patrones a aminorar la actividad productiva, despidiendo más y más obreros que van a engrosar las filas de los sin trabajo. Y así, sucesivamente, aumenta la oferta de brazos productores y continúa decreciendo el salario. La situación se debate en un círculo vicioso de causas y efectos que va agravándose inevitable y fatalmente, sin que sea posible contener el torbellino que arrastra vertiginoso a los ingénuos trabajadores que, creyendo mejorar sus condiciones de vida con el trabajo a destajo, encontraron en él una fuente de miseria y de hambre.

Combatamos, pues, el trabajo a destajo, generador de tanto daño para el proletariado. Aprovechemos las oportunidades que se presenten durante los períodos en que la demanda de brazos haga posible una lucha, por medio de la cual nos sea posible obligar a los capitalistas a no seguir explotándonos bajo ese sistema que, al promover la guerra fraticida entre obreros, hace más difícil la solidaridad proletaria y coloca obstáculos enormes a la organización revolucionaria sindical, la que para desarrollar su acción de clase con verdadera eficacia ha de quitar previamente las barreras de pequeños y mezquinos intereses individuales, fomentados artificial y arteramente por nuestros enemigos, bajo la falacia de una ganancia e independencia en el trabajo, que los hechos nos demuestran ser falsas.

El proletariado debe romper cualquier vínculo que lo ate al producto elaborado en beneficio exclusivo del capitalista. No es lógico ni conveniente que el obrero tenga un interés en producir más en combinación con el interés del patrón; sobre todo sabiendo que tarde o temprano, el exceso de producción redundaría en perjuicio del productor y no del explotador, quien debido a que, tiene en su poder la dirección del trabajo, sacará de él todas las ventajas. sin importársele un comino la situación desesperante en que queda el que le acumuló las riquezas.

El propósito fundamental del proletariedo estriba en ahondar cada vez más el abismo que lo divide moral y materialmente de la clase que lo explota; en acrecentar, intensificando, la acción revolucionaria de la lucha de las clases, a objeto que del choque antagónico de los intereses sociales en pugna, se produzca lo más pronto posible el deslinde de posiciones entre parásitos y productores.

Desconfiemos de los panaceistas de «la paz social» que pretenden ligarnos con el trabajo a destajo al interés del patrón.

La inmigración proletaria

Existe en Buenos Aires una institución burguesa denominada «Departamento Nacional del Trabajo», a la que podríamos llamar con más propiedad, «Departamento de Expansión del Krumirage» porque es allí donde se dirigen todos los explotadores de la Argentina, cuando necesitan brazos productores para emplearlos en lugar de los que negaron sus actividades, planteando una lucha y reclamando parte de sus derechos.

Vemos llegar obreros a este país buscando una tierra menos madrasta, muchos de los cuales en su pueblo nativo, han formado parte de la organización proletaria, y que al arribar aquí, debido al desconocimiento del idioma, el cambio de las costumbres y la falta de informes, se encuentran de la noche a la mañana, desempeñando el execrable papel de traidores de sus compañeros y de sí mismos.

Y en los casos en que el susodicho Departamento no tiene pedidos de estos pobres parias que nos traen estivados los grandes trasatlánticos, entonces... los mandan al Chaco, al Neuquén o a Misiones, donde sus míseras existencias, amalgama de sufrimientos y privaciones, está a merced de cualquier comisario de policía, matón de oficio, y hasta de los simples milicos de cara y alma de indios, que hacen víctimas de los mayores abusos a esa desgraciada carne de explotación.

Estos y muchos más son los males que nos afligen a los proletarios emigrados de las lejanas regiones do se abrió el paréntisis de nuestra asarandeada vida, y que abandonamos, tras la ilusión quimérica de un pretendido Eldorado, para vernos luego trasplantados en este verdadero infierno de dolor.

Es pues preciso que tomemos enérgicas medidas de defensa, empezando por concretar algo en el próximo congreso de la Confederación Obrera R. A.

En Italia, España, Austria, y los demás países, hay propagandistas estipendiados por el gobierno argentino, cuya misión es la de hacer converger a éste, la corriente emigratoria. Nosotros, podríamos fácilmente hacer conocer a nuestros hermanos de clase de allende los mares, los horrores que se padecen en la maldita tierra de la ley social y de residencia, destruyendo la mistificación de un paraíso, que los emisarios de estos modernos negreros republicanos han proyectado, a la sombra de la crédula ingenuidad de los trabajadores sencillos, que viven en las clásicas aldeas incrustadas entre las montañas del viejo mundo.

El sistema eficiente para esta humanitaria obra, podría emplearlo la Confederación estableciendo relaciones directas con las similares del extranjero, las cuales por intermedio de sus secretarios y propagandistas sindicales, en las asambleas, giras, publicaciones etc., pondrían de relieve la verdadera situación y el medio en que se desenvuelve la vida de los productores de la riqueza ajena en la Argentina.

En esta forma, se cumple con un deber de fraternal aviso a nuestros camaradas extranjeros, y al mismo tiempo, evitamos en parte la desocupación y la desenfrenada oferta de brazos clamando al ogro capitalista, que se regodea relamiéndose ante la enorme masa productora inactiva forcejeando para saciar la voracidad del monstruo.

Y hasta no estaría de más, para el mejor resultado de nuestro magno propósito, editar un boletín mensual detallando las fábricas, talleres, canteras, campos, etc., donde los trabajadores están en huelga; insistiendo siempre sobre las pésimas condiciones en que se trabaja en los ingenios, yerbales, bosques y en todos los lugares de producción del país. El boletín destinado a ser profusamente repartido en el interior y exterior de la república, tendría un espacio dedicado permanentemente a la publicación de las direcciones de las sedes de organismos obreros, a fin de que aquellos que malgrado nuestros avisos persistieran en llegar a estas playas, tengan donde dirigirse en procura de informes y noticias.

En cuanto a los gastos de publicación y distribución del mencionado boletín, creo que las organizaciones de aquí y del extranjero contribuirían, por cuanto el interés es de todos.

En el último congreso de la Unión Sindical italiana, se postergó para el que ha de realizarse en Bologna, la discución sobre tan importante asunto. Precedámoslo nosotros en esta resolución, que el éxito es seguro.

Menchi VENTURA.

La guerra de clases en el Colorado

Un episodio sanguiento

La gran huelga de los mineros en el Colorado, que dura hace tantos meses, ha motivado desde su comienzo choques sangrientos entre los huelguistas y la policía y el ejército, al servicio incondicional del capitalismo. Hace algún tiempo, el gobierno yankee enviaba en apoyo de los intereses capitalistas considerables refuerzos de milicias, dotadas de cañones y ametralladoras, con el evidente propósito de impresionar a los huelguistas y sofocar sus reivindicaciones. Por su parte, millares de mineros armados de fusiles, parecían resueltos a oponer una formidable resistencia; y una verdadera guerra civil se hallaba a punto de estallar en Colorado. Varios conflictos sangrientos se han producido, y numerosos muertos y heridos ha habido por ambas partes.

Ahora bien: las minas pertenecen en gran parte a una familia de ricos canallas, conocidos muy allá del Colorado y de los Estados Unidos: a la familia Rockefeller; y John Rockefeller, el hijo del «rey del petróleo», con el empecinamiento y terquedad que le es propia y conocida, y con la cual ha combatido siempre a las reivindicaciones obreras, se opone también en esta ocasión a las justas exigencias de los mineros del Colorado. Un despacho telegráfico del 28 de abril decía, que el presidente Wilson, habíale dirigido una petición personal para que procurara facilitar la terminación de la huelga. Pero se supone con motivos, que John Rockefeller, será poco accesible a estos deseos. En efecto, el presidente del Comité de las minas, Foster, que lo ha entrevistado en Nueva York, declara que este hombre es intratable y no quiere ceder nada a los obreros. El multimillonario, sin duda, se siente fuerte y tranquilo detrás de las bayonetas y las ametralladoras, que defienden «sus minas» «su propiedad».

El movimiento estalló en las minas de húlla bituminosa del Colorado, el 23 de septiembre del año último, teniendo por causa principal, la resistencia del joven Rockefeller, al propósito de los trabajadores de organizarse y reivindicar mejores condiciones de trabajo.

La mayor parte de los obreros empleados son de nacionalidad, italiana, eslavos o balkánicos; y representan una cantidad de varios millares, viviendo con sus familias en las habitaciones propiedad de la compañía.

La huelga desde sus comienzos podía ser pronosticada de larga duración, pues, lejos de demostrar un espíritu conciliador, el canalla Rockefeller, se apresuraba a hacer público «que prefería perder hasta el último centavo del capital empleado por él en las minas del Colorado, antes que permitir a los obreros que se organizasen».

Numerosos choques se han producido entre huelguistas y fuerzas de milicias estadales. Y bastaría señalar la cifra de muertos obreros, desde el comienzo de la huelga, que se eleva a doscientos, para darse idea de la energía y la conciencia, con la cual esta lucha de nueve meses ha sido conducida.

Pero en ningún momento del pasado, la tragedia ha revestido caracteres más impresionantes, más horribles, más sangrientos que en los últimos meses.

He aquí como relata los hechos acaecidos en Ludlow uno de sus protagonistas, en carta fechada en Louisville, Colorado, el 4 de mayo:

«La batalla del lunes 27 de abril, comenzó así: Nos hallábamos reunidos en la sala de la Unión, como de ordinario lo hacemos regularmente, cuando se oyó a las 10 de la noche el silbato de una mina. Era esta la señal del ataque, y acto continuo la ametralladora inició su obra de destrucción sobre toda la zona. En presencia de tal agresión hemos debido prepararnos a la defensa de nuestras familias y nuestros hogares, y por más de diez y seis horas combatir bajo el fuego incesante de las ametralladoras y la lluvia que, en ciertos momentos caía a raudales. A las dos de la tarde del día martes, quedamos momentáneamente dueños del campo, pero no tardaron en llegar mayor número de cosacos, comandados por el general Chass, y hallándonos desprovistos de municiones, por habérsenos secuestrado los depósitos, nos vimos forzados a abandonar la posición. A la hora presente (mayo 4), nos hallamos circundados por una barrera de hierro; por todas partes vénse ametralladoras que apuntan sobre la región. Nuestas mujeres y niños, viven aterrorizados, al reconocer en los soldados las mismas fieras que exterminaron a tanto inocente en el sur de este mismo estado».

En cuanto a la responsabilidad de esta monstruosa tragedia, el jurado de Denver (Colorado), ha producido un veredicto, por el cual se declara «que los hombres que incendiaron las tiendas de los mineros y provocaron la lucha han obrado bajo la inspiración de los oficiales de la guardia nacional del estado».

El mismo ministro de guerra federal, en Washington, hace saber que por las informaciones que le proporcionan los jefes del ejército regular, graves excesos fueron cometidos por las milicias del Colorado, agravando la ya difícil situación.

Una enérgica incitación se ha hecho a los obreros del país, al objeto de acudir en auxilio de los valientes mineros del Colorado. Numerosísimas reuniones, y actos de toda naturaleza tendientes a este objeto, se han celebrado a raíz de la tragedia.

Un grupo de camaradas sindicalistas dirige el siguiente llamado de solidaridad:

«En Trinidad (Colorado) los trabajadores habían entrado en el noveno mes de huelga. Desposeidos por la Compañía de sus domicilios, quedaban reducidos a acampar bajo tiendas con sus familias. Ahí fueron atacados por los policías del estado que las incendió. En la lucha encarnizada que para repeler este acto de salvajismo, se desarrolló, hay que lamentar la muerte de veinticuatro proletarios, entre los cuales once niños y seis mujeres.

«El mismo día que tal monstruosidad se cumplía, el presidente Wilson indignándose, «en nombre de la humanidad», contra el asesino de Madero emprendía la guerra que permitirá a los «truts» norteamericanos ensanchar el campo de su explotación. ¡Pero, Wilson, permanece indiferente ante las matanzas que se cometen en su propio país! La complicidad, de capitalistas y gobernantes no puede ser más clara».

El terrible episodio de la lucha de clases que relatamos con brevedad, por la premura del tiempo, no puede menos que conmovernos profundamente. Viene a justificar la robusta convicción que nutrimos en cuanto al salvajismo del régimen burgués, y a la crueldad de que se revisten todos los procedimientos de gobierno o de represión contra los bravos trabajadores que reivindican sus derechos a una vida mejor por medio de la huelga.

Es nuestra esperanza que la poderosa organización de los trabajadores norteamericanos, ha de saber afrontar con toda valentía y conciencia los imperiosos deberes del momento, no abandonando en tan tristes circunstancias a esos nobles, abnegados y heroicos compañeros, que tras nueve meses de lucha cruenta, han encontrado aún energías en sus pechos, para defender con el fusil en la mano, sus derechos ultrajados, sus esposas, y su prole.

Entretando, el gobierno—digno cómplice del bandido Rockefeller,—persiste en distinguirse por sus enconadas persecuciones. y violencias contra los mineros rebelados. El gobernador del Colorado ha establecido el estado de sitio en el distrito de Boulder, que es el centro de las últimas colisiones sangrientas. Se le adjudica la intención de clausurar todas las minas y proceder al desarme de los huelguistas.

Los acontecimientos del Colorado reflejan todos los peligros y los horrores de la propiedad privada que da a un sólo hombre el derecho de oponerse al bienestar de muchos miles de trabajadores y de sus familias.

PREMIOS A LA VIRTUD

Con el boato y aparatosidad que distingue a las reuniones de los burgueses que se dan el lujo de practicar decorativamente la «caridad» cristiana, tuvo efecto en el teatro Colón la acostumbrada fiesta anual, en que, bajo los auspicios de la «Sociedad de Beneficencia», se distribuyen algunos premios a «la virtud»,—según cierta cáfila de gente la interpreta,—y que, parece ser, en definitiva, una estimulación al hambre y al infortunio, cuando son sufridos con cristiana resignación.

El vicepresidente de la república y todo un séquito de grandes detentadores de la riqueza social, hallábanse presentes en la «solemne ceremonia», sin duda, con el objeto de revestir a la farsa de mayor brillo y ostentación. Representaban, además, como es indefectible en esta índole de actos burgueses, inspirados en un profundo sentimiento religioso, a la emblemática figura del Cristo,—que, según la dudosa leyenda no sólo padeció las torturas del hambre y de las persecuciones gubernativas, sino también el martirio después de haber vivido en un tren de misérrima pobreza,—los monseñores Locatelli, Espinosa y otros cofrades de menor significación, a los cuales se le había adjudicado sitiales de preferencia. Los «humildes pastores», se regodeaban entre tanta carne de tentación y de pecado, expuestos a hacer estallar sus vistosas y ricas vestiduras eclesiásticas, insuficientes para contener la plenitud estupenda de formas, que el bienestar y la abundancia de que disfrutan en este valle de lágrimas, les proporciona, esperando la parte del programa que les estaba asignado, para dar generosamente su bendición a los elegidos, a fin de que con ella pudieran obtener un libre acceso a las inefables delicias celestiales. Jerarcas, banqueros, multimillonarios, clérigos, militares, etc., completaban la vistosa decoración, resplandeciente de símbolos, joyas y podredumbre

LA ACCIÓN OBRERA

Es el periódico obrero y de los obreros. Obreros son los que le dan vida, obreros son los que lo escriben, y es destinado a la defensa de la causa obrera.

Todo trabajador consciente debe solicitarlo y propagarlo. Subscríbase, pues, y procuren subscribir a sus amigos y compañeros de trabajo; así tendrán semanalmente un vocero de nuestra clase que le informará del movimiento obrero, de las tramas de los enemigos del proletariado y que fustigará cuanto se haga para desviarlo de la ruta de su emancipación.

Obreros: subscribíos. **Administración: Alsina 2880, Depto. 18**

Alguién lo ha dicho: el espectáculo era hermoso y aleccionador.

La presidenta, esposa de un ex ministro, y aristócrata de cepa, habló de la noble obra realizada, con los millones extraídos al trabajo proletario, de la manera como ellos habían sido distribuídos y de la limitación de los recursos de que se dispone frente al incremento del pauperismo, de la necesidad que acude presurosa y exigente a las puertas de la institución reclamando un auxilio.

Se requiere más, mucho más de lo que se dispone para satisfacer plenamente las exigencias de la miseria, que crece diariamente.

Después de enumerar las donaciones y legados cuantiosos que le han sido hecho, se ocupó del subsidio a los inundados proletarios del año último, y a la distribución de la suma de 150.000 pesos, que el congreso había puesto en sus manos para acudir en socorro de tanto damnificado obrero que como, es sabido, en aquella dolorosa contingencia, sufrieron enormes pérdidas. He aquí, como la meritoria institución cumplió aquel «noble» cometido:

«Cuando se produjeron las inundaciones recibimos del gobierno 150.000 pesos, para socorrer a las víctimas. En el primer momento, acudimos llevándole ropas y abrigos, luego «considerando innecesario» este procedimiento, — (¡notable!) — pensamos hacer unas casitas. (¡ !). El intendente—(que es un gran amigo de estas señoras) — dió el terreno adecuado; pero luego se vió que había muchas dificultades para la realización del propósito, y se devolvió la platita». (¿Será exacto esto último?).

Lo verídico sobre este asunto lo sabemos todos. A la hora presente hay todavía centenares de familias proletarias, cuyo jefe—un obrero,—debe aun practicar inconcebibles economías sobre su magro salario, para reponer sus muebles o sus ropas deteriorados o perdidos en aquel desastre. Y la institución de aristócratas, generosa en grado máximo, con un dinero que no es de ella, y obrando tal vez con el inconfesable móvil de acapararselo, proyectaba no darles lo que perdieron—que hubiera sido de factible ejecución—sino unas casitas; es decir, no darles nada.

Es la vieja historia, el repetidísimo cuento de esta falsa filantropía, que quiere ser practicada por los mismos detentadores de la riqueza, por los engendradores de la miseria proletaria. Cuando dán, lo hacen con un fin de proselitismo, de interés personal; se trata de auxiliar no a necesitados indistintamente, sino a protegidos de todo orden, cuyo derecho esté acreditado por un clérigo o un funcionario o por un miembro de la institución. Esto, por lo general, exige una condición psicológica determinada; en primer término, no militar en las organizaciones libertarias, acudir con regularidad a los actos religiosos; prestar servicios de índole variada al infinito a los que les disciernen el beneficio oficial; y en fin, un cúmulo de cualidades abyectas que hacen que jamás se distribuya el socorro entre aquellos trabajadores de ideas libres, o cuya dignidad—en su penuria,—les impida de acudir a tales bajezas para subsidiar una situación que no puede hallar otro remedio más que la brega continua y rigurosa de una lucha de clases.

La nómina de las personas, meritorias de los premios «a la virtud», y, sobre todo, las condiciones especiales de la existencia que sobrellevan, actualizan la variedad de sentimientos e ideas que suscita la constatación de la insuficiencia de toda legislación o procedimiento del régimen actual tendiente a amenguar el infortunio proletario.

La enunciación de esos casos de miseria, extraídos de entre muchos millares—tal vez más dolorosos y efectivos, aunque menos públicos,—constituyen la condenación de un régimen de privilegio, cuyos miembros dirigentes imbuídos de un fariseismo monstruoso y criminal, pueden llegar a considerar sin zozobra y con inconcebible tranquilidad, sólo explicable por la deficiencia de los principios morales y religiosos, sobre los cuales regulan sus actos privados y colectivos,—un estado de infelicidad social, que tiene su origen únicamente en la desenfrenada codicia, en la pasión del boato, al lujo, a la esplendidez que caracteriza su existencia, y que puede ser asequible en tanto que la inmensa masa de desposeídos engendra con su miseria y su escasez la riqueza y la abundancia de unos pocos.

Se trata de una conducta odiosa por la inconcebible hipocresía en que se inviste y que provoca el odio instintivamente.

Es algo así como una burla a la miseria y al dolor humano. No hay el propósito sincero de eliminar el mal, de atemperarlo, ni menos de darle una aureola de respeto y santidad, sino la intención miseranda de exhibirlo como un motivo de fiesta y de jolgorio,— de kermese, en fin,—para que pueda aún servir de medio de satisfacción a mil apetitos inmorales, de prostitución y de indecencia,—cuando no de curiosidad pública, tal cual podría serlo el espectáculo teatral, en el que suele exhibirse en todo su horror desnudo, las monstruosidades de la organización o las degeneraciones atávicas y horribles de la especie.

Y hemos recordado en nuestra crónica, la hiriente ceremonia de la burguesía, utilizándola para exponer estos sentimientos, y acentuar la verdad profunda del sindicalismo, cuando combatiendo la hipocresía ambiente, la pudredumbre moral del régimen, expresa que la renovación del mundo material y psíquico está vinculado a la formación de una sociedad de productores libres y superiores, que por la práctica de la igualdad habrá destruído para siempre todas las expresiones farisaicas, de caridad, de filantropía, de humildad, de resignación, para erigir, como dogma supremo de la vida del ser humano su derecho a gozar en toda su plenitud de las ventajas y de los beneficios conquistados por la comunidad de la cual es un elemento consciente y útil.

El valor de la conciencia

Siempre se ha dicho que la debilidad de espíritu es el derivado de la anemia del organismo, y ésta, de la falta de alimentación necesaria.

Es una razón intachable; pero desgraciadamente, también existe esa debilidad o inacción en hombres bien alimentados, y por tanto, de robustez admirable.

Tanto en unos como en otros, la debilidad psíquica se manifiesta cuando se les presentan problemas que deben resolver y que por su transcendencia y complejidad, son a primera vista barreras infranqueables.

No está todo resuelto con la robustez física. Con decir esto no me aparto de la lógica, pues bién se sabe que hay que alimentar el cuerpo para que existan en él las fuerzas vitales; pero me refiero a esos que con toda su solidez orgánica, son tan nulos en la lucha por la vida, como aquéllos, los débiles. ¿Qué es lo que se requiere, entonces, en el hombre para que sea una verdadera pieza de valor en la vida?

En una sola palabra: la conciencia.

Ahora bien: ¿qué es la conciencia? ¿cómo se forma?

La conciencia es, precisamente, la guía del hombre; es la que da el impulso para realizar la obra ya forjada en el cerebro.

Cuando se ha dado un paso hacia el progreso, sea él en el terreno que fuere, ¿podemos creer que ha sido ajena la conciencia a ello?

Sería absurdo pensar así, pues sin ella, viviríamos aún en los tiempos que el hombre vagaba por el mundo con la inconciencia de cualquier animal.

Sabido es que no puede formarse la conciencia en los individuos, sin haberse adquirido antes en el terreno de la lucha o bien en el estudio de los hechos y de las cosas, los conocimientos de la vida real.

Cuando el hombre haya disipado de sí los prejuicios, que son los factores que nublan el cerebro; cuando haya roto con las ideas místicas y entre a preocuparse por el progreso económico-social de la humanidad, puede decirse con sinceridad que se ha munido de una verdadera conciencia, y su obra será fecunda, noble y justiciera.

P. G.

La libertad de propaganda en la Social Democracia

El camarada Fritz Ráter, proporciona informes interesantes sobre las serias dificultades que deben vencer los sindicalistas alemanes, en el desempeño de su propaganda, por consecuencia de la ruda guerra de exclusión que se les libra en ese sentido dentro de las uniones adscriptas a la social democracia.

Este inconveniente serio por demás al que se agrega el paro forzoso a que se ven condenados millares de trabajadores por la crisis intensa que reina allí como aquí, han determinado un ligero decrecimiento numérico de las fuerzas militantes en la Unión libre de los sindicatos, que como es de suponer, es de un carácter transitorio.

He aquí algunas de las causas que explican satisfactoriamente este hecho, y que educan sobre las características morales del movimiento obrero alemán:

«Las uniones centralistas de tendencias social-democráticas, las uniones «libres», como ellas se designan para diferenciarse de las congéneres cristianas y católicas, han sufrido también mucho de la crisis que aqueja a la industria, pero ellas tienen un medio de reclutamiento que no deja de ejercer atractivos sobre las masas populares alemanas. Son las cajas de socorros en caso de enfermedad, de viaje, de invalidez o de entierro, y toda una serie de otras instituciones de mutualidad que en conjunto devoran muchas veces las tres quintas partes de los ingresos de estas uniones.

El número de obreros alemanes que adhiere a un sindicato por motivos de principio o de idealidad, es tan mínimo que casi podría buscárseles con la linterna de Diógenes. Alemania, no se halla sólo en el rango de los estados modernos por lo que es militarismo y burocracia, sino que ella domina desde este punto de vista al movimiento obrero. El espíritu de cuartel, la adoración de los funcionarios sindicales, el disciplinarismo bajo los reglamentos de la organización, dos millones y medio de obreros de ambos sexos que se hallan bajo la vigilancia estrecha de sus funcionarios, constituyen circunstancias y hechos que contrastan con las ideas de nuestro sindicalismo. Agréguese la existencia de una prensa prolífera que propaga el sindicalismo reformista, y se tendrá un conjunto de dificultades cuantiosas que los sindicalistas alemanes deben combatir, en condiciones todavía desfavorables para el éxito.

«No obstante, el sindicalismo alemán tiene ya distribuídas sus organizaciones en las ciudades más importantes. Esta obra es secundada por los hebdomadarios, que tienen medios fáciles de existencia.

«Solamente que esos esfuerzos son limitados, cuando se considera los medios de acción de que disponen los parlamentarios y reformistas, contra el sindicalismo revolucionario. Falsas interpretaciones, mentiras e insultos contra los sindicalistas, y aun las denuncias a la policía y a la justicia, son procedimientos corrientes de la social democracia, cuando se trata de combatir nuestra actuación. Si los camaradas revolucionarios del exterio, pudieran apreciar una centésima parte de las especies que propaga esta prensa sobre la doctrina y la táctica del sindicalismo, considerarían con náuseas tales procedimientos y a sus autores, y, sobre todo, tendrían una explicación exacta de los motivos por los que el sindicalismo hace tan lentos progresos en Alemania.

«En reiteradas ocasiones, se nos ha dado el consejo de propagar las ideas del sindicalismo en el seno mismo de las grandes uniones centralistas. Esta suposición, procede del desconocimiento del espíritu de disciplina y autoritarismo que ha penetrado y trabajado las masas obreras desde hace un cuarto de siglo, por obra de la social democracia.

«Primeramente, si un sindicalista pretende propagar sus opiniones en el seno de las uniones reformistas, le es impuesto categóricamente el silencio; en caso de resistirse sigue la exclusión, en virtud de tal o cual artículo de la reglamentación. Si este temperamento no es suficiente para hacer callar al rebelde, la prensa unánime caería sobre él, y entonces, ¡guay! de él si se ve obligado a conquistar su subsistencia en la fábrica o en el taller. En numerosas ocasiones, los funcionarios sindicales, han concitado esta forma de terrorismo para lograr los fines, y, en verdad, no es necesario mucho en Alemania para reducir un espíritu rebelde a la desocupación involuntaria y al hambre. Ahí reside el nervio de la disciplina sindical alemana.

«He ahí porque no nos queda otro expediente que obrar fuera de las grandes organizaciones, propagando los principios y tácticas del sindicalismo revolucionario, constituyendo nuestras organizaciones libres, y preparando sus fuerzas para el futuro».

El comentario fluye educativo y aleccionador permitiendo ponderar los frutos morales de la social democracia y sus pronosticadas libertades.

Opinión autorizada

Sobre militarismo

Eduardo Drumont, en la «Libre Parole», emite su opinión sobre las consecuencias del militarismo, en las frases expresivas que reproducimos a continuación. El conocido periodista burgués, no puede ser sospechado, ni remotamente de antipatriotismo, ni obrando bajo el influjo de inspiraciones revolucionarias. El es un conservador típico; un creyente y verdadero enemigo de las reivindicaciones fundamentales del proletariado.

Dice el hombre:

«¿Conocéis algo que sea más aflictivo que la existencia de ese infeliz a quien se arrebata de su campo, de su aldea, y que se arroja por tres años en un cuartel, lejos de los suyos, lejos de todo cuanto ama y se condena a vivir con otros hombres, tan meritorios de compasión como él mismo?

¿Qué queréis que quede a un país de vigor en reserva, cuando de aquí a veinte años, toda esa juventud haya pasado por esa terrible formación? Todos esos hijos de la tierra que se hubieran unido con jóvenes robustas, y que hubiesen procreado sólidos muchachos, retornan al hogar más o menos sifilizados, depravadoss por los inmundos amores de las fortificaciones, perdida la noción de Dios, y el hábito del trabajo por una disciplina a la vez que embrutecedora, desconcertante y vacía... Son generaciones extinguidas.»

Omitimos el comentario.

VIDA OBRERA

LA DESOCUPACIÓN EN TANDIL. — AGITACIÓN OBRERA

El flagelo de la desocupación con todo su cortejo de penurias ha echado sus raíces en la rica zona del Tandil, donde más de 4.000 trabajadores elaboraban con su esfuerzo diario en los trabajos de las canteras, la riqueza principal de aquella localidad de la provincia de Buenos Aires.

Hoy, 4.000 obreros, tantos gigantes diríamos, que reducen a polvo colosales montañas de piedra; 4.000 hombres que han dado con energía la vida a aquella población, se ven acosados por la desocupación, la falta de trabajo, originando en sus hogares la consiguiente desesperación que semejante situación trae consigo para todos los que viven—estrechamente por cierto— de su fuerza de trabajo.

La crisis actual, que azota a todo el proletariado de la república, al repercutir en Tandil, no podría tener consecuencias más desastrosas. Allí donde la única actividad industrial la constituye casi en su totalidad la explotación de las canteras, éstas, paralizadas en su mayor parte, han levantado con caracteres impresionantes, el espectro aterrorizador del hambre.

No hay trabajo, no hay que comer—después de tanto trabajar y amasar tanta riqueza que otros usufructan en su canallesca grandeza,—para estos obreros fuertes en su facultades físicas y espirituales. Y los hombres de «bien», los que han aprovechado sin cesar de los sudores proletarios derramados a torrentes sobre las sierras, viven bien, en medio del esplendor y la abundancia.

¡Odioso contraste del régimen capitalista! Los que han trabajado, hoy sufriendo las contorciones dolorosas del hambre; y los que a traves de la distancia de centenares de kilómetros, sin otra ocupación que acumular riquezas que el esfuerzo de los que le trabajan producían, hoy digerirán tranquilamente suculentos y apetitosos manjares para gloria de los que a pesar de habérselos proporcionados, encuentran la negativa de un pedazo de pan para aplacar los clamores del estómago.

A la falta de trabajo que abate a los obreros por todas las canteras, hay que agregar la insostenible situación de no tener que comer. Hasta el pan le es negado al obrero canterista que no acompañe su demanda de ese precioso artículo de subsistencia, con unas miserables monedas, que desgraciadamente no posee.

Es verdaderamente, una situación la de los obreros canteristas del Tandil, imposible de describir, sin sufrir una crispación de los nervios.

Hay que estar entre ellos, oír el rugido de su protesta, ora clamorosa, ora en silencio, para poder darse cuenta de la suerte que rodea a aquéllos valientes luchadores, que tan dignamente y con verdadero heroismo supieron afrontar más de una situación difícil.

Bien es cierto que el fuerte espíritu de estos soldados de la revolución obrera, no se ha amilanado ante la espantosa condición que los ha envuelto. Ellos saben bien que es un resultado natural del sistema capitalista de producción, y uniendo a su hermosa cualidad de combatientes, un espíritu estóico, una vez que se preparan a sufrir las consecuencias, empeñan una nueva lucha contra el nuevo mal: la desocupación.

A nadie escapa las dificultades que se presentan para una lucha de esa naturaleza, y más que ninguno a los mismos canteristas, que se verán obligados quiza, a desistir de cumplir con otros propósitos para concentrar su actitud contra el mayor mal del momento. Pero precisamente esto no constituye un motivo para arredrarse ante los peligros, los cuales hay que afrontar y salvar con toda decisión a fin de salir airosos.

La Unión Obrera de las Canteras, el heroico sindicato puesto a prueba su capacidad, en luchas ininterrumpidas contra capitalistas, policías, carneros, y sus aliados, se apresta a combatir el flagelo de la desocupación, por los medios que actualmente se hallan a su alcance. Las manifestaciones, los mitins públicos, que exteriorizarán su protesta por el malestar que los aqueja, son las vias del momento, adecuadas al objeto que se persigue.

El mal tiempo que ha reinado los dos últimos domingos en Tandil anegando los caminos por las lluvias torrenciales, impidió el tránsito e hizo que se suspendieran los mitins que el sindicato tenía anunciado.

Sin embargo, éstos han de celebrarse en estos días bajando a la ciudad todos los obreros de las canteras, deseosos de exteriorizar su protesta para exigir se le dé lo que necesitan para vivir.

La Confederación Obrera Regional Argentina, que como siempre está a la ayuda de estos trabajadores y todos los dignos y conscientes luchadores, ha enviado y enviará sus militantes para unir a los canteristas su protesta por la desocupación que domina por todos lados, y llevar su voz de aliento.

En esta protesta donde se ha de mantener latente el espíritu de resistencia y solidaridad entre los trabajadores, la Unión Obrera de las Canteras sabrá mantener siempre bien alto, la bandera de las reivindicaciones sindicales que tantas veces tremolara triunfante entre los musculosos brazos de estos camaradas.

¡Contra la desocupación y por la consecución de pan y trabajo, en alto los corazones obreros del Tandil!

¡Que ese grito fatídico suene mientras no sean satisfechas las justas exigencias y los motivos que agitan hoy a los trabajadores del Tandil, como existen en todo el país, harán que repercuta por todas partes la misma protesta clamorosa!

GRAFICOS

Realizaron el domingo último una numerosa asamblea a objeto de considerar el subsidio a la desocupación y la posible renovación del convenio o tarifa, cuya vigencia acaba de fenecer.

El primer punto fué resuelto acordándose aumentar en 20 centavos la cuota de adherente, que es hoy de un peso, destinándose este recurso a acrecer el fondo especial de subsidio a la desocupación. En caso de resultar insuficiente para atender este servicio, se apelará a los fondos de reserva federales.

El segundo asunto: renovación del convenio, no pudo ser tratado debido a la hora avanzada, en que fué puesto a consideración de la asamblea. Esta autorizó a la comisión administrativa para que constituyera otra especial, compuesta de dos individuos por cada rama a fin de que estudiara el punto, y la asesorara en la próxima asamblea, que se fijó para mañana domingo 7, en el local San Juan 782.

Reina cierta alarma e indecisión en el gremio gráfico ante la solución que debe dársele a este asunto, y los criterios al respecto no son bien definidos y uniformes.

Las circunstancias especiales por las que atraviesa la industria gráfica, contribuye a aumentar la incertidumbre ambiente.

Con todo no es aventurado presumir que la asamblea llamada a determinar la conducta de la organización, ha de hacerlo después de pesar serenamente el pro y el contra.

Es de advertir, sin embargo, que la posible renovación del acuerdo, no da motivo a las exageradas esperanzas, que en otra época suscitara merced a cierta propaganda artificialista. La experiencia gremial al respecto es hoy mayor que antes.

Además es indiscutible que las cláusulas que sería necesario modificar debido a su inconveniencia y desventaja, no han de serlo de un modo espontáneo y en muy buena inteligencia de las partes. Hay la sensación compartida de que es inevitable preparar al gremio para una acción general tendiente a implantar las mejoras que exigen las circunstancias hoy difíciles de la vida obrera, y que no pueden ser asequibles por la buena voluntad del patronato, más bien predispuesto a restringir las existentes, que a extenderlas.

De aquí la imperiosa necesidad de una huelga y de un triunfo, y es en esta labor seria y profunda, aunque silenciosa, que está actualmente concentrado el espíritu de los gráficos, a la espera de una ocasión oportuna y feliz, para exteriorizarse, que no ha de tardar, lo esperamos.

Por ahora, cuanto menor importancia se asigne a la inocua renovación del convenio, tanto mejor se servirán los intereses reales del gremio. El momento no es, en verdad, para destinar una preocupación muy intensa a tales trámites.

Movimiento Sindicalista Internacional

FRANCIA

Lo que cuesta la propaganda antimilitarista

Las persecuciones iniciadas el año pasado, a raíz de los tumultos de cuartel, a que dió lugar el servicio de tres años, contra un número crecido de sindicalistas, han tenido un desenlace, esperado, el 26 de marzo último, en las siguientes condenas:

Yvetot, un año de prisión y 200 francos de multa; Morin, Hubert, Andrieu, Tesson, Thomas, Dalstein, Viau, Giron, Marchand, Gautier, Montaroux et Vincent, ocho meses de prisión y 100 francos de multa; Marie, Etcheverry y Batas, seis meses de prisión y 100 francos de multa; Marck, tesorero de la C. G. del T., y Raux, de los dockers de Nantes, han sido absueltos por el tribunal correccional, «en consideración a que los hechos por los cuales han sido inculpados—y por los que han sufrido seis meses de prisión preventiva—no se hallan suficientemente establecidos».

¿Hallábanse mejor establecidos los hechos para los otros acusados? Es un sofisma judicial; a Yvetot no podía habérsele comprobado la menor responsabilidad: Es al antimilitarismo sindical, es a la C. G. del T. que el gobierno ha querido herir, al condenarlo.

He aquí, en parte, el manifiesto que la C. G. del T., ha publicado, en acto de protesta contra el inicuo veredicto:

«Nuestros camaradas inculpados por el asunto del Sueldo del Soldado, y responsabilizados por los tumultos militares a que dió fundados motivos la ley de los tres años, y, sobre todo, el deseo expresado por Barthou hace un año de mantener la clase de conscriptos, — acaban de sufrir una condena judicial.

«¡Ciento veintiséis meses de prisión para los diez y seis militantes que han cumplido ya seis meses de prisión preventiva!... Tal es el último acto contra la clase obrera por el cual una pretendida justicia se señala a la atención pública, en el momento en que ella debería hacer olvidar su corrupción y su servilismo a las potencias del dinero y del gobierno.

«Ya—y siempre con motivo del Sueldo del Soldado—tres otros militantes venían de ser condenados a trece meses de prisión cada uno....

«Lo más odioso en estas inicuas persecuciones y en la aplicación de las penas, es que ellas se ejercen en virtud de las leyes de 1893-1894, justamente conocidas con el nombre de leyes criminales».

El manifiesto termina incitando a los trabajadores franceses a prepararse para una acción señalada contra estas agresiones, y a protestar con toda su energía contra el servicio de tres años, y contra todas las formas de opresión que caracteriza a la reacción republicana en estos momentos.

El compañero Legien, en ocasión de la condena de Yvetot, ha expresado a éste su solidaridad en una carta, en la cual, expresa los siguientes conceptos: «Parece que la «justicia» de vuestra hermosa república capitalista es idéntica a la de todos los países que se dicen civilizados, como Rusia y Alemania, en los cuales basta desear la elevación del pueblo para ser considerado un terrible criminal, confinado en Siberia, deportado o preso».

ADVERTENCIAS DE INTERES ADMINISTRATIVO

A los subscriptores de la Capital

Se les encarece quieran facilitar la tarea de nuestro cobrador, dejando en su domicilio encargada alguna persona para que abone las subscripciones por ellos adeudadas, evitando así inútiles molestias y pérdidas de tiempo.

A los agentes y subscriptores en general

Reiterámosle nuestra advertencia de que en lo sucesivo, y hasta nueva indicación al respecto, toda correspondencia, remisión de valores, inscripciones de subscriptores, pedido de folletos, etc., deben ser dirigidos al compañero JUAN CUOMO, calle Alsina número 2880, departamento 18.

AUSTRALIA

Una huelga general en el país donde no se hace

Estupefacción ha de producir a ciertos espíritus parlamentarios la noticia, aunque no muy reciente, de haber desarrollado en el país del socialismo estatal y práctico, un serio movimiento obrero; una pertinaz huelga general que ha mantenido cerca de dos semanas en una situación crítica a lo que podríamos llamar, capitalismo-socialista del dominio.

Durante once días un comité de huelga fué el dueño absoluto del principal puerto de Nueva Zelandia. La causa del conflicto fué banal.

La actividad gubernativa se distinguió desde un principio instituyendo milicias voluntarias, que reclutando entre los agricultores de la región elementos de carneraje pudo en seguida neutralizar los efectos considerables del movimiento. Este, dominado en Wellington a raíz de una semana de lucha, fué generalizado a Auckland, donde la acción obrera, fué de grande significación e importancia.

En este punto la dirección efectiva de los huelguitas llegó a ser tan manifiesta que durante diez días el puerto sólo pudo practicar operaciones de carga y descarga, en virtud de autorizaciones expedidas por el comité.

La milicia constituída por pequeños burgueses, agricultores e industriales, en número de millares, favoreció la supresión de este notable movimiento, que dejará más de una espléndida enseñanza. Sobre todo, es una ficción más que se desvanece: la de que el socialismo estatal pueda solucionar el conflicto permanente de intereses que suscita la producción en el régimen capitalista.

Comité trabajadores de la Tierra

—El acuerdo de reunirse el 31 de mayo, no fué posible tomarlo en cuenta por el mal tiempo, así para su nueva fecha, se hará publicar en este periódico.

—Respecto a la prisión de los compañeros Menna y Capdevila, no fué posible su libertad por las tramoyas judiciales. Pues hace 32 días de la prisión y no se delibera su proceso, de acusados de desacafo a la policía, ni se les deja salir bajo garantía, después de tanto tiempo y eso que la justicia pertenece a la democracia radical. ¡Donde vamos, sin ley social, será mejor que la apliquen estos tiranuelos de marras!

—Contra la resolución del C. C. de la F. A. A., el doctor Netri, ha hecho expulsar al C. C. y lo hace público y dando cuenta a las autoridades y a los acreedores que no pagará nada de las deudas que tiene.

—El C. C., expulsa al pirata Netri, y éste como pirata, se llama las seccionales que les parece, y hace otro tanto con sus acusadores. El C. C., no está con nosotros n con Netiri, se encuentra en una situación peligrosa, y no era de esperarlo. Ya le hemos dicho que el C. C., no tenía un concepto de la lucha, y que C. Roveri el prendente, que tanto nos critica, tiene una lección por su incompetencia, pues quería seguir la misma táctica de Netri, y ya estamos cansados de actuar en una organización incolora, con fines burgueses, como ha sido con Netri y Roveri.

Es preciso dejarse de ser instrumentos de esta jente, y darse cuenta de la situación, que precisa una organización de clase proletaria y no burguesa.

DESDE LA CÁRCEL

LA PRISIÓN DE UN COLONO

REPUGNANTE INJUSTICIA

El compañero Francisco Menna, preso por el último movimiento de huelga habido en Alcorta, y puesto en libertad después, fué nuevamente arrestado, siempre a instigación de los capitalistas terratenientes y agentes cerealistas, quienes ven un enemigo peligroso en nuestra camarada, por su acción consciente y enérgica en el seno de sus compañeros de trabajo y explotación.

De la nueva injusticia de que es objeto, nos informa en la siguiente nota:

Fuí notificado por el comisario de Alcorta, que debía presentarme inmediatamente al juez de mi causa, si no quería que me viniesen a buscar por la fuerza.

Como ningún delito he cometido—como lo prueba el hecho de haber sido puesto en libertad pocos días antes, — me decidí a presentarme, pensando que se trataría de llenar alguna simple formalidad relacionada con mi libertad. No podía creer en una nueva injusticia y encarcelamiento de un hombre honrado cuando tantos delincuentes chicos y grandes andan sueltos por todo el país. Nunca he tenido que ver con tribunales. Desde el 22 de diciembre de 1898, día en que llegué a este suelo, no conocía por dentro un tribunal.

Al entrar me encontré en la oficina con un muchacho bastante grande. Le manifesté la causa de mi presencia, y entonces se fué a otro cuarto. Al rato apareció con unos papeles en la mano, y me dijo que mi llamada era... para ver si tenía que agregar alguna cosa a mi declaración. ¡Y para eso me hacían venir al Rosario, desde Alcormás que eso. Contesté que ratificaba mi ta! Pero menos mal si no hubiera sido declaración anterior y que agregaba los abusos que la policía cometió en mi domicilio después de mi detención. Fuése el muchacho y vino al momento otro empleado, el cual me dijo que había sido pedida otra vez mi encarcelación. ¡Hermosa noticia para un padre de familia que no ha cometido delito alguno! Así nos hiere repetidamente la injusticia burguesa. A pedido de un señor que tiene plata se encarcela sin más trámite a un trabajador que sólo ha perpetrado el gran delito de cumplir con su deber acompañando e impulsando la lucha justa de sus compañeros, tendiente a conseguir un alivio en la explotación inicua que se ejerce sobre el obrero agrícola.

Yo quisiera saber ahora, por qué el señor juez me puso en libertad el 17 de abril, si el 1.º de mayo debía volver a encarcelarme. ¡Ah, grandes caballeros de la justicia radical burguesa! ¿No saben o no quieren hacer justicia? ¿O están allí para obedecer las órdenes de los adinerados?

Cuando se trata de un delincuente de su clase, entonces proceden de otro modo, como lo prueba el siguiente hecho:

El comerciante de Arroyo Seco Constantino Zelillo, entró a la cárcel el 16 de mayo por haber herido de dos tiros de revólver a un hombre, y el día 22 del mismo le comunicaba un cuñado suyo que había hablado con el juez y que arregló con él su libertad para el día siguiente, por «no haber causa» para resolver la detención... Y así se cumplió. En cambio, yo desde el día 3 de mayo tengo presentada la excarcelación bajo fianza, y no puedo salir. ¿A qué se debe esto? Dígalo el lector.

Por otra parte, tengo las siguientes noticias respecto a mi familia: Mi hermano Luis vino a visitarme, y me comunicó que el gerente de la casa Martelli y Cía., ha hecho desalojar por la policía a mi familia, no sabiendo cómo se habrá arreglado en esa situación, mi mujer con mis cuatro hijos.

Francisco MENNA.

Cárcel del Rosario, mayo 31 de 1914.

No necesita comentarios el hecho vergonzoso en que interviene, desempeñando la función servil de costumbre en favor de la explotación, nada menos que la sagrada, la purísima institución burguesa: la justicia, que lleva en su cabeza, cual símbolo de sus procederes, un espléndido embudo. Esa es la ley y la justicia capitalista, que cuando se trata de castigar a un obrero luchador, por nada lo encierra por meses y meses, mientras sus enemigos, los caritativos y bondadosos capitalistas, persiguen a la familia y hasta a los inocentes niños. Si se trata de un individuo adinerado, que puede comprar favores, aunque sea criminal o ladrón, siempre saldrá en libertad, con expresa declaración de que el proceso no afecta su buen nombre...

Y eso sucede bajo el gobierno de los revolucionarios de ayer, de los radicales, cuyo programa y panacea universal de propaganda partidista consistía en la gran «pureza administrativa». Metidos a gobernantes, resultaron unos verdaderos verdugos de la clase obrera, como cuantos individuos o partidos consiguen llegar a los puestos elevados del sistema político actual.

Régimen y condiciones de trabajo

EN LOS OBRAJES DEL NORTE

Las mercaderías y el dinero que hacen el anticipo las entregan las mismas empresas, como igualmente satisfacen en mercaderías y dinero los haberes anotados en las libretas de los peones de regreso, en los casos de excepción que los contienen. Y en estas casas como en las otras frecuentadas por los peones, los artículos se venden a altos precios.

Industriales y agentes

Los industriales se quejan en general de la acción que ejercitan ciertos conchabadores sin conciencia. Los peones sujetos a su influencia, dicen, son los que ocasionan las enormes pérdidas experimentadas por los establecimientos de la región, en concepto de anticipos de dinero hechos a individuos que si llegan a los lugares de trabajo a que se les destina, para fugar a los pocos días, en la primera oportunidad, aconsejados por ellos, que no tardan en obtenerles un nuevo contrato para repetir la lucrativa operación. Es difícil comprobar la influencia a que responden los peones al fugar, pero es lo cierto que los casos de fuga de peones recién contratados son numerosos.

La faena

En la obscuridad de la noche cerrada, los puntos de un rojo opaco que se escalonan a la distancia marcando el lugar de las chozas obreras se avivan y chisporrotean de pronto. Son las 3 de la mañana.

Hombres y mujeres se amontonan en torno de los fogones para saborear, medio dormidos aun, el cimarrón, mientras se sazona a través de pacientes y largas manipulaciones el revirado «revivo» — como se le dice por allá — del desayuno. A las primeras luces del alba, los trabajadores se dirigen a sus tareas.

Los tariferos acompañados de sus mujeres, emprenden la marcha hacia el «manchón» y una vez allí preparan y encienden el fuego para chamuscar la yerba cortada y reunida el día anterior, juntamente con la leña — mitad seca y mitad verde — para las llamas del «zapeco», dispuesta en pequeño rimero al alcance de la mano.

Terminado el «zapeco» se arma el «raido» que el tarifero está obligado a conducir sobre sus espaldas hasta una distancia de 1500 a 2000 metros.

La obligación es esa, pero por lo general la romana de pilón o el «barbacuá» — los dos lugares de entrega — quedan a menor distancia de los manchones en zafra. El «raido» pesa siempre 150, 180 y hasta 200 kilos y la forma de su conducción representa un asombroso cuanto aniquilador esfuerzo físico. No es de olvidar la atormentada silueta de esos hombres—cuyos delgados cuerpos parecen crujir bajo la inquietante gravitación de un fardo que produce, a quien lo observa con ojos humanos, el raro espejismo de algo que se ensancha por grados, al extremo de revestir formas y proporciones de mole — en lenta marcha con los brazos en alto y las manos entrelazadas sobre la cabeza, hacia el «barbacuá» y la romana, lugares a que llega entre 9 y 10.30 de la mañana.

El esfuerzo y la vida

En las visitas del informante a los establecimientos de trabajo y a los centros de conchabo del Alto Paraná no ha encontrado un solo «tarifero» que después de diez años de ejercicio en tan bestiales tareas haya permanecido en condiciones de acometer cualquier empeño que demande el menor empleo de energías. Físicamente deformados, consumidos, «lastimados», como ellos dicen con acento y miradas impregnadas de profundas tristeza, quedan reducidos en la flor de la edad a ruinas vivientes, a verdaderos andrajos sociales. A tal altura de la vida al «tarifero» no le queda otro recurso, si no quiere mendigar el sustento o morir de hambre, que establecerse como bolichero en los centros de conchabo o enrolarse como cocinero en las cuadrillas obreras de su procedencia.

No he encontrado obreros en el Alto Paraná, que no fueran paraguayos de nacionalidad o argentinos de Corrientes o Misiones.

Espectros de tortura

Son, por lo general, hombres de mediana estatura, de escaso desarrollo muscular y adiposo, pero de sólida y abultada ensambladura ósea. Blancos o cobrizos de origen, su tez presenta casi siempre, opacos y fríos tonos cetrinos, acentuados, las más de las veces, por manchas de sombra lívida, debajo de los ojos. El mirar de éstos es apagado, y cuando no inexpresivo, nostálgico. Muy temprano, las caries destruyen sus dientes, lo cual amengua con ingrata nota, la simpática expresión de sus rostros habitualmente serenos y humildes. Y así como es débil el sistema dentario, es fuerte el piloso, que los corona con exuberantes y enmarañadas cabelleras.

Jóvenes, apenas salidos de la pubertad, sus cuerpos adquieren el aspecto desgarbado y flojo de los hombres ya maduros, fatigados por largos años de esfuerzos musculares. Bien es cierto, que la región imprime en ellos, espontáneamente, hondos caracteres de laxitud, de enervamiento físico, pero también lo es que el trabajo inmoderado, emprendido desde la niñez ayuda la obra del clima.

Entre estos trabajadores abundan los hijos de alcoholistas, que además de las taras físicas, inherentes al origen, presentan estigmas de heredo-sífilis, y los que exteriorizan un deficiente estado de nutrición y tórax hereditarios de ancestrales trabajados por factores morbosos de naturaleza específica: tabaco, alcohol, etc.; pero cuyo rendimiento en el trabajo satisface en general las exigencias de los patrones.

La observación personal y la autorizada opinión de los médicos que he consultado sobre todo cuanto se relaciona con la naturaleza, estructura, salud, sistema de vida, etcétera, del trabajador del Alto Paraná, se afirman en la creencia de que se trata de un tipo perfectamente adaptable y adaptado al clima de la región. Y mientras los trabajos no modifiquen su primitiva y aniquiladora forma actual, mientras no se reglamenten racionalmente, humanizándolos, será el tipo único, irremplazable para ese género de tareas.

Avariosos y tísicos

La avariosis y la tuberculosis con sus enfermedades más comunes. La primera, cuando no hace temprano, espontáneamente, su aparición, cumpliéndose una ley de herencia, se adquiere después en la vida desordenada, abierta a todos los excesos de los centros de conchavo; y la segunda, lógica derivación de aquélla o consecuencia natural del profundo debilitamiento a que lo conduce el trabajo rudo y penoso de la selva, unido al sistema de alimentación en uso «fisiológicamente deficiente para que el obrero reponga los grandes desgastes orgánicos a que está sometido».

Es grave, difícil sin duda, el problema de la salud del obrero en una región donde aparece indefenso ante la carga combinada de diversas fuerzas destructivas de acción formal y continua. Avanzando en el estudio del trabajador regional, de este hombre que se le ve cruzar por la vida con la inconciencia, con el desesperado abandono del sonámbulo, — encontraremos a su asombrosa indiferencia por cuanto le atañe y rodea, como el principal factor de sus propias desgracias. No conoce el peligro y se entrega sin la menor precaución, sin el más pequeño cuidado, — a cuerpo descubierto — al contagio y a las enfermedades más dolorosas.

La despreocupación natural y el abandono inconcebible del trabajador, se agravan con la carencia de sentimientos humanitarios, que ponen a veces de relieve algunos patrones y encargados de establecimientos, de igual modo que su avaricia sórdida. Los peones enfermos, rendidos por la fiebre o la debilidad propia de los estados de perturbación material y orgánica, son atendidos por aquéllos, incapaces en el arte de curar, aun en los casos que reclaman con imperio el médico o la hospitalización porque dicho peones «no están al día con sus cuentas», porque deben al establecimiento y temen a un alejamiento que puede producirles el cierre definitivo y sin descubierto de esas cuentas.

El problema étnico y la moral

Descendiente directo de aquellos indios guaraníes que se entregaron tan fácilmente a la fuerza y al gobierno de las dos conquistas, el trabajador del Alto Paraná se entrega al patrón o a su representante con la mansedumbre de un cordero. Parece hecho para la sumisión, para la obediencia. Reconocen y acatan la superioridad o autoridad de los demás en toda forma y de todas maneras. En el puerto de Posadas, el día de embarques de peones, se ve a los conchabadores manejados no como a hombres sino como a cosas insignificantes y despreciables. Y sin embargo, sometidos a la disciplina del ejército y al empuje de sus jefes, esos mismos hombres culminaron en la gloria militar (¡!).

El cuento grato a los oídos burgueses

La explotación de que viene siendo víctima desde hace años el trabajador regional, ha modificado su carácter en el sentido de dotarlo de recursos que antes no conocía y que hoy aplica a cada paso, como medios de defenderse.

Los viejos empresarios de trabajos en Misiones, cuentan la noble adhesión y la extremada honradez de los peones en tiempos pasados. Cuidaban al patrón, le amparaban y defendían en la selva, y no había para ellos mayor satisfacción que la de pagar sus deudas religiosamente. No supieron comprenderlo y apreciarlo y con los tiempos el peón cambió. El tipo primitivo presenta hoy muchas excepciones. El peón sabe que produce, que trabaja sin descanso, y a pesar de eso jamás se siente libre de su deuda con el patrón. Se va entonces, huye del obraje o del yerbal en dirección a otro centro de conchabo, de donde con nuevo anticipo vuelve al trabajo dispuesto a repetir la operación si la suerte le ayuda.

Los intermediarios entre la oferta y la demanda de brazos, los conchabadores, han contribuído y contribuyen a la modificación del carácter del peón y a la producción de hechos que cual los referidos de fuga, contribuyen a aumentar sus pingües ganancias, como se notará más adelante.

Lo que queda

La vida de familia no existe entre ellos, como no existió entre los individuos de la raza a que pertenecen, sino aparentemente y cuando circunstancias ajenas a su voluntad los forzaron a aceptarlas.

Cecilio Báez, publicista y hombre público paraguayo, en un brillante estudio sobre los indios guaraníes, dice: «Eran tristes y taciturnos. No se hablaban sino por necesidad. Nunca se reían ni mostraban su alegría en ninguna forma... Los sufrimientos no les arrancaban el menor quejido. Moralmente insensibles como los animales, no conocían la dignidad personal, ni nutrían en su alma aspiración alguna. Indolentes, eran sin embargo ágiles para trepar a los árboles y capaces de soportar grandes fatigas y de llevar a cabo trabajos pesados, impulsados la necesidad.»

Y bien; el tipo ese, ha perdurado, con leves modificaciones en el trabajador del Alto Paraná; se ha mantenido en todo. Hoy mismo, el largo y puntiagudo varal de los guaraníes — único instrumento de labranza — continúa haciendo los hoyos para la siembra en los razados de la región, como trescientos años atrás.

CORRESPONDENCIAS

BAHIA BLANCA

La empresa de F. C. Pacífico, empeñada como siempre en tratar de dividir y sembrar la discordia y la desorientación entre su numeroso personal, acaba de lanzar una iniciativa cuyo fin no es otro que el que acabamos de señalar.

Hace cosa de un mes repartió cédulas de votos para consultar al personal si creia conveniente la creación de una sociedad de socorros mútuos con la condición de formar un fondo social con la deducción de sueldo al mismo personal, y adjunta una circular detallando los pormenores de la iniciativa que llevaba la firma de los tiranos o aspirantes a tales que forman la numerosa brigada de burócratas que sólo se ocupan en atormentar al personal.

La iniciativa fué acogida con indiferencia por la mayoría del personal que en gran parte se abstuvo de votar.

Pero los citados tiranuelos pronto se dieron la maña para falsear el resultado de la votación haciendo aparecer como votos favorables a la iniciativa a todos los abstenidos y dando a conocer el siguiente resultado: en favor 1200 votos; en contra 102, y abstenidos 3. Si bien es cierto que hubo muchos que votaron a favor, unos porque hipócritamente están siempre dispuestos a secundar toda inicativa que surja de los amos, y otros por inconscientes y presionados por amenazas, nunca pudo arrojar semejante resultado el escrutinio; únicamente realizando las cosas a su antojo, como acostumbran hacerlo en todo momento, puede llegar a obtenerse semejante cómputo de votos en favor de la iniciativa.

Para el 6 del corriente está convocado el personal a asamblea en el Mercado Victoria, para echar las bases de la nueva sociedad.

Es deber de todo consciente no acudir a élla y boycotear esta iniciativa, que solo traerá como consecuencia una merma de salarios y los beneficios los gozarán los zánganos que tendrán médico y farmacia a discreción, y los obreros tendrán sólo derecho a una purga de sal inglesa y a baños de agua fría.

A definir posición de clases, que ya es hora, compañeros; no nos prestemos a dar vida a esta clase de matufias que nos hace aparecer mezclados con los peores adversarios que nos traicionan en todo momento, y a afirmarse cada vez más en el hermoso axioma de la Internacional, de que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

CORRESPONSAL

VILLA MONICA

Carnero arrepentido. — Como pagan los patrones. — Una buena lección.

Como es mi costumbre recorrer estos parajes para ver y enterarme de lo que pasa, el domingo 17 del mes pasado di una vuelta por Sierras Bayas. Me encontré con un carnero, el cual me saludó. Para poder reprocharle su proceder, también lo saludé y entablé conversación, preguntándole cómo le iba con su cuero cargado de lana. Me contestó que muy mal, y que desde que está de carnero ha pasado las miserias más grandes del mundo. Le pregunté entonces por las bellas promesas de los patrones cuando los iban a buscar y los necesitaben para romper la huelga, y él me contestó que los patrones son falsos; que solamente los dos primeros meses se portaron un poco bien, pero que después le han rebajado el jornal haciéndole trabajar el doble en la ruda faena de las canteras y la remoción de las piedras. Así nos pagan a mi y a otros como yo. Es triste—añadió—que hoy tengamos que ser mal mirados por los compañeros conscientes, con quienes juntos debíamos andar para defendernos del capital y de la explotación.

Le contesté que ya tienen la mancha encima y por mucha agua que venga quien sabe si saldrá, porque esa mancha es como la sarna: mala de salir. Por vosotros experimentarán otros. Y que todo lo que le hacían los patrones todavía era poco; que más merecían por su mala acción. Que el que las hace las tiene que pagar con los pisotones de los burgueses y con el desprecio de los compañeros conscientes.

Tarde o temprano es eso lo que le sucede al carnero.

Dénse cuenta que la propaganda de los burgueses es falsa; dénse cuenta de una vez que ellos no quieren nada más que tenernos con los ojos cerrados. Es tiempo de que vayan abriéndolos. Deben darse cuenta que nosotros para mantenernos libres de la piel con lana, tenemos que pelear muchísimo, no haciendo como los judas que se venden por treinta dineros, y después ni tampoco, y al último le rebajan el precio de su venta.

Hay que seguir y redoblar la propaganda sindicalista, que es la que busca aliviarnos primero, y después suprimir totalmente la explotación capitalista.

A. B.

CAMPANA

Reacción obrera—

Un grupo de camaradas conscientes, ha iniciado activos trabajos al objeto de reorganizar el fuerte movimiento de otra época. El espíritu obrero parece augurar el buen éxito de esta iniciativa, y, por nuestra parte, no podemos menos que aplaudir la enérgica actitud de los compañeros, que, haciendo abstracción de toda dificultad que pueda oponerse a tan noble propósito, se disponen a llevarlo a la práctica para bien de la clase a que pertenecen y de sus intereses inmediatos. Nada, a nuestro juicio, puede favorecer la solución favorable de la crisis, como la existencia de una organización fuerte y capaz de reducir sus efectos o neutralizarlos.

ADMINISTRATIVAS

Donaciones recibidas desde el 17 al 31 de mayo de 1914.—E. Ghiotti, 2; J. L., 2; A. S., 3; J. Briano, 5; C. P. Lucchini, 0.50; B. Bruom, 1; V. Carattoli, 0.30.—Total pesos 13.80.

Suscripciones del interior, cobradas desde mayo 17 al 31 de 1914.

Tandil Ag. D. Martínez: B. Bartelli, mayo, 0.50; A. Molina, abril, 0.50; F. Pons, marzo y abril, 1; G. Ejea, marzo y abril, 1; A. Flores, mayo, 0.50; V. Murigia, abril, 0.50; J. Bini, abril, 0.50; P. Tarcanio, abril, 0.50; P. Secondo, abril 0.50; S. Celso, abril 0.50; M. Litterino, abril 0.50; J. Collant, mayo, 0.50; P. Ghilardini, mayo y junio, 1; J. Bucinichi, abril, 0.50.—Total pesos 8.50.

Villa Quilino.—Ag. E. Gerzicich: A. Molina, noviembre 1913 a abril 1914, pesos 3; R. Vives, octubre 1913 a abril, 3,50; A. Martinez, febrero 1913 a enero 1914, 6; total: pesos 12.50.

Azul.—J. Gabrielli, enero a mayo, pesos 2.50.

Bolívar.—A. Reant: J. Cristini, abril 0.50; A. Cattaneo, abril, 0.50; D. Torres, abril 0.50; P. Stuch, abril, 0.50; R. Zurita, abril 0.50; J. Fernández, abril, 0,50; C. Daroqui, abril, 0.50; J. Artieda, abril, 0.50; A. Alvarez, abril, 0.50; J. L. Moreno, 0.60; P. Otero, abril, 0.50; S. Amado, abril 0.50; J. Feito, abril, 0.50; J. Andretta, abril, 0.50; total: pesos 7.10.

Campana.—Ag. E. Fernández: M. Laureiro, marzo y abril, pesos 1; J. Reinante, marzo y abril 1; J. Doparo, marzo y abril, 1; M. Stortoni, marzo y abril, 1; L. Ghigliazzo, marzo y abril, 1; Campos ,marzo y abril, 1; A. Mejías, marzo y abril, 1; L. Albo, marzo y abril, 1; L. Solís, marzo y abril, 1; total: pesos 9.

Darragueira.—V. Velázquez, mayo y junio, pesos 1.

Cañada de Gómez.—Ag. L. C. Arias: A. Sardo, enero a mayo, pesos 2.50; B. Schenone, abril y mayo, 1; F. Trujillo, febrero a abril, 1.50; N. Vera, abril, 0.50; total: pesos 5.50.

Lincoln.—Concilio Tomeo, febrero a mayo, pesos 2.

Mechita.—Ag. C. Fernández: L. Martínez, mayo, 0.50; A. Scotti, mayo, 0.50; J. Polanco, mayo, 0.50; A. Irureta, mayo, 0.50; A. Breecht, mayo, 0.50; total: pesos 2.50.

Maipú.—S. Ramos. octubre 1913 a abril 1914, pesos 3.50.

Recreo (Catamarca). — Ag. A. Tula: G. Bazán, abril a junio, pesos 1.50; T. Speche, abril a junio, 1.50; J. Garay, abril a junio, 1.50; E. Santillán, abril a mayo, 1; E. Romero, abril, 0.50; C. Varela, abril, 0.50; C. Camboni, abril, 0.50; E. Barrionuevo, abril, 0.50; S. Díaz, abril 0.50; F. Bazán, abril, 0.50; A. Benavídez, abril, 0.50; A. Tula, enero a marzo, 1.50; J. García, enero a marzo, 1.50; R. Chanes, abril, 0.50; D. Rezola, abril, 0.50; total: pesos 13.